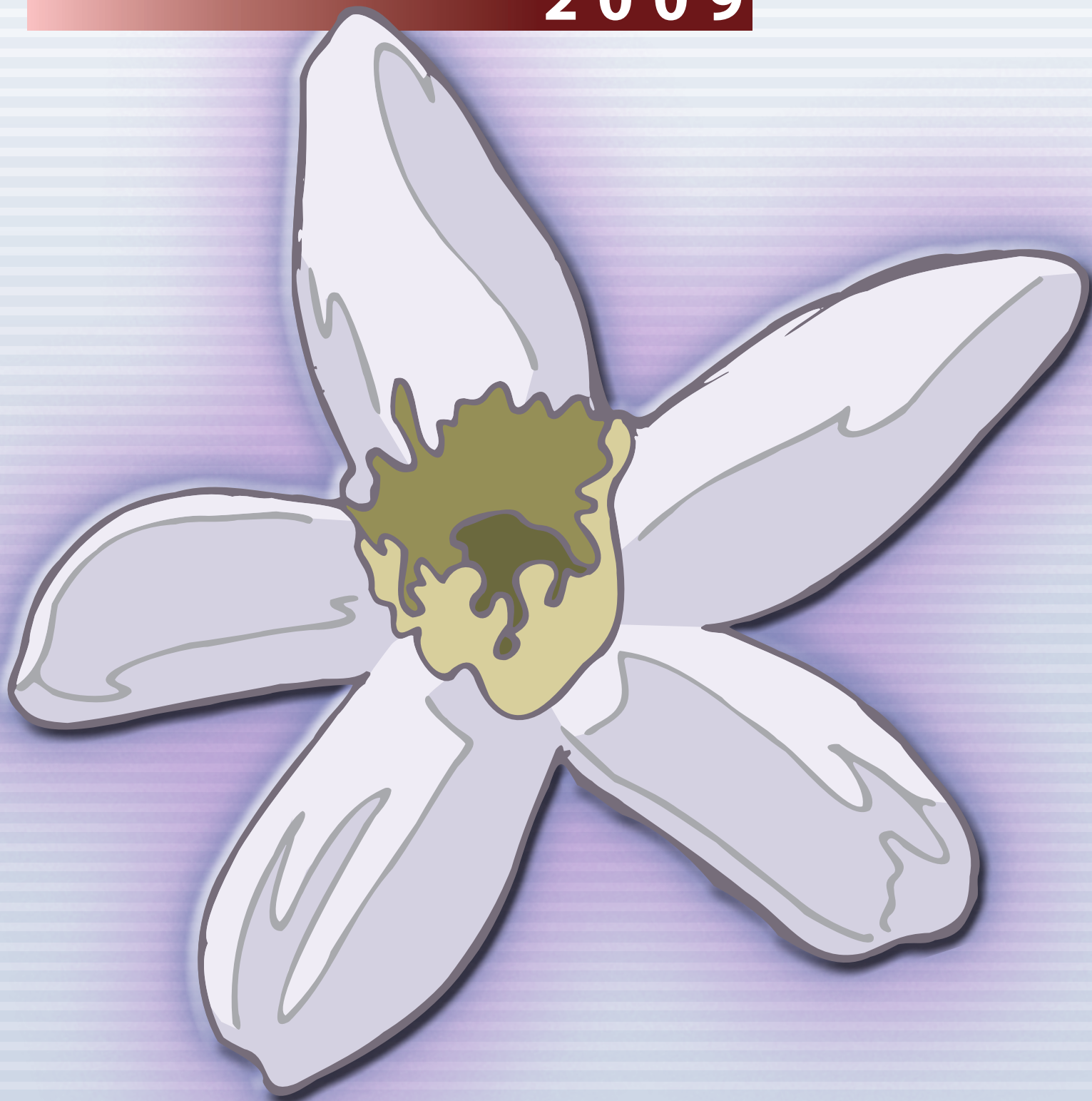


University of Arkansas[™]
FORT SMITH

Azahares

2009



Spanish Language Creative Literary Magazine





Niña y el pavo real (Costa Rica)

Elaine M. Bieber

oleo

Azahares

2009

The primary purpose of this magazine is to provide students with an arena for creative expression in the Spanish language, as well as a literary space for presenting works that include, in context, themes relevant to the culture of the Spanish-speaking world, including the United States. The *azahar*, or orange blossom, is a flower of special meaning. Representative of new life and purity, *azahares* form part of the iconic tradition of the Spanish-speaking world, embodying a freshness of spirit and perspective captured with this publication. Although *Azahares* predominantly highlights student work, submissions are open to all members of the community.

Mary Cantú
Managing Editor

Editorial Board

Dr. Greg Armstrong
Martha Bieber
Madeline Martínez
Rosario Nolasco-Bell
Brenda Ross

Special thanks to Dr. Paul Beran, Dr. Ray Wallace, Dr. Joe Hardin, and University Marketing and Communications, all of whom were indispensable in the successful completion and publication of *Azahares*.

Contents

Niña y el pavo real (Costa Rica)	Portada interior
Elaine M. Bieber	
Pequeño guatemalteco (Guatemala)	1
Reed Whitson	
Triple celebración	2
Edith Gabel	
Meditaciones desde El Más Allá	4
Iván Iglesias	
Azahares (Cuernavaca, México)	5
Clifford Cope	
¿Donde está la carne?	6
Jaime Garvey	
Plaza Matriz con payaso (Montevideo, Uruguay)	7
Brenda Ross	
¿Spanglish, español o engaño?	8
Diana Gill	
Destino	10
Cynthia Vallejos	
¿Qué es amor?	11
Charles Bledsoe	
Decisión en el Trifiniu	12
Diana Rivas	
Vista de la pirámide (Teotihuacán, México)	13
Clifford Cope	
Piscando papas en Idaho	14
Estela DeLa Fuente	
La joven y su iguana (Teotihuacán, México)	19
Clifford Cope	
Un paseo	20
Mark Cloninger	
Aquí vivimos	21
William Carlos Reyes	
Gris	22
Hyeonggyu Park	
Carta de un corazón	23
Marta Elena Bron	
Soy un error de la vida	24
Marta Elena Bron	
Asesino de peces	25
Alex Clement	
Lista de contribuidores	26
Calle de los Suspiros (Colonia, Uruguay)	28
Brenda Ross	
<i>Call for Submissions</i>	29
<i>Submission Form</i>	30
Flora y fauna (Costa Rica)	Contratapa interior
Elaine M. Bieber	



Pequeño guatemalteco (Guatemala)

Reed Whitson

fotografía digital



Triple celebración

Edith Gabel

Nunca olvidaré la celebración tan especial que tuve en uno de mis cumpleaños. Era el 20 de agosto del 2004. No solo iba a festejar un año más de vida sino que también ese día me haría ciudadana norteamericana. Esta celebración se uniría a la alegría que teníamos de la reciente confirmación de mi embarazo. No podía creer que tan buenas noticias llegaran casi al mismo tiempo.

¡Por fin tendríamos a nuestro bebé! Fueron casi ocho años de visitar a doctores, de oír diferentes opiniones, de muchas angustias, de mucha espera. Sin embargo, yo no dejaba de rezar. Mi esposo y yo no perdimos las esperanzas de tener un bebé.

A los pocos días de la semejante noticia de mi embarazo, recibí por correo la fecha de mi cita para la ceremonia de “Juramentación.” La cita era en San Luis, Missouri; nos quedaba como a tres horas de nuestro pueblito.

¡Por fin sería ciudadana norteamericana! como mi esposo y como mi futuro bebé. Había pasado muchos años pero ya obtendría la esperada ciudadanía. Durante los años que duró el proceso, llené muchas formas de migración. Mi esposo y yo, tuvimos varias entrevistas con los oficiales de migración, de México y de Estados Unidos--- para que ellos se aseguraran de que nos habíamos casado por “amor” y no por la “visa.” Eso fue fácil de comprobar. Por ejemplo: teníamos nuestra acta de matrimonio, todas las fotos que quisieran de nosotros y de nuestras familias, copias de los correos electrónicos que nos enviábamos, comprobantes de domicilio, etcétera. Nos tomaron nuestras huellas y revisaron que no tuviéramos antecedentes criminales. Estudié y pasé mi examen de ciudadanía. Cabe mencionar que todo tuvo su costo.

Ahora nos tocaba celebrar. Planeamos nuestro viaje a San Luis. Íbamos muy contentos, nos sentíamos como si estuviéramos hinchados de felicidad. Nos hospedamos en un hotel muy bonito en el centro, donde teníamos vista hacia el famoso Arco de San Luis. De ahí pudimos caminar hacia el edificio donde tenía mi cita para la juramentación; estaba lloviendo y hacía un poquito de frío. Aún así, me pareció un día precioso y hasta romántico.

Llegamos al edificio del “US District Court Eastern Missouri” (donde era la cita de juramentación). El personal de seguridad nos indicó la ubicación del salón donde era la ceremonia. Mi corazón empezó a palpar mas rápido, estaba muy emocionada, creo que un poco nerviosa también. Cuando entramos al salón, vimos a todos los participantes; fue como si estuviéramos en una fiesta multicultural. Empecé a hablar con algunas personas y las preguntas obligadas eran: “Where are you from?”, “How long did it take to finally get your nationalization?” Los candidatos éramos de diferentes países pero en pocos minutos tendríamos la misma nacionalidad.

Me tocó el número 21 en la lista de candidatos. Éramos 80 personas sentadas enfrente de la juez que nos daría nuestro certificado de nacionalización. Nuestras familias se sentaron en una área reservada para ellos.

Durante el emotivo discurso de la juez, aún recuerdo cuando nos dijo que nunca olvidáramos nuestro origen, nuestra cultura, y nuestras tradiciones, ya que Estados Unidos era



una gran nación en gran parte por su diversidad de gente. Sin embargo, siguió diciendo, "...si les preguntan que de dónde son, deben decir 'I am American'"

Al finalizar la ceremonia, los familiares empezaron a tomar fotografías. Por un instante me sentí en una pasarela de la "alfombra roja." Muchos aplausos, muchas sonrisas, muchos abrazos. Hubo una pequeña recepción y de ahí, pasamos para registrarnos para poder ejercer nuestro "derecho al voto." La señora que me dió la forma de registro notó la fecha de mi nacimiento y me dijo con una sonrisa: "Happy birthday! Congratulations for your naturalization!" ¡Qué orgullosa me sentí!

Salimos del edificio, seguía lloviendo pero no tan fuerte. Así que caminamos bajo la lluvia un par de cuadras para ir a un restaurante. Comimos muy rico y por supuesto tuve mi pedacito de pastel. Platicábamos de que algún día le diríamos a nuestro bebé de esta celebración. Me quedé pensando que no pasaría mucho tiempo para tenerlo en nuestros brazos... y así fue.

Tanta espera tuvo su recompensa. Ahora espero celebrar muchos años más de vida, ver a mi hijo crecer y ejercer mi derecho al voto.



Meditaciones desde El Más Allá

Iván Iglesias

No entiendo
por qué el color de las cortinas luce diferente
y por qué
ese fuerte olor a café
ha tomado tanta dimensión
en este espacio
estrecho.

Veo muy poco desde aquí,
porque la ventanita que tengo en frente
me impide captar la escena
completa
de allá fuera.

Reconozco algunas voces
pero otras
me son totalmente extrañas.
Por el estruendo de sus pisadas
podría pensar
que hay más de cien.

De vez en cuando
escucho alaridos
como de animal
enfermo
pero se aplacan con la llegada
de un murmullo apacible.

La luz
tiene ese sentido opaco
que acompaña la tristeza.
El olor a café
parece ceder su olor
al de unas rosas
blancas.

Vuelvo a sentir ese inconfundible aroma.
Me recuerda la partida de mi madre.

Me siento cómodo
aunque un poco
rígido.

Olvidé quitarme los zapatos.
Si mi madre me viera así sé que me recordaría esa
lección
de sabios modales.

¿Qué está pasando?

Siento destellos de luz
más cercanos a mis ojos
y el marco de la ventanita
me dibuja
nuevos espacios
pero con la misma sobriedad
de las cortinas.

No entiendo
cómo puedo moverme
si mis pies permanecen
inmóviles.

¿He descubierto el poder de la levitación?

Las cien pisadas
parecen multiplicarse
y con ellas las voces que las acompañan.

Los alaridos han vuelto
y esta vez son
más fuertes
e incontrolables.

Me siento arrastrado

por un río...de llantos

y sigo sin entender...

sin entender...

para dónde me llevan.





Azahares (Cuernavaca, México)

Clifford Cope
fotografía digital



¿Donde está la carne?

Jaime Garvey

Las mascotas pueden añadir muchos momentos de humor a nuestras vidas. Nunca se sabe lo que pueden hacer. Tenía una perrita que siempre me sorprendía. Su nombre era Ginepsi. Ginepsi era una perrita de tamaño mediano con pelo marrón y patas largas. Se parecía al perro del programa de televisión “Los Simpsons.” La adopté de la perrera cuando tenía seis semanas de edad. Yo sabía que era la perrita para mí. Sus ojos me lo dijeron. Ella parecía ser muy dulce, pero yo no tenía ni idea que Ginepsi iba a ser tan traviesa. No podía salir ella de la casa y no regresar sin una sorpresa.

Ginepsi podía correr como el viento. Cuando vivía con mis padres, Ginepsi tenía que vivir afuera. Ella corría por todo el barrio porque mi familia vivía en el campo. Un día, Ginepsi llegó corriendo a la casa. Pensé, ¿Por qué está Ginepsi corriendo tan rápido? Había un rastro de polvo detrás de ella. Entonces, miré y es que tenía un gran pedazo de carne en su boca. ¡La carne estaba todavía caliente! Ginepsi se había robado la carne de mi vecino directamente de la parrilla. Pero nadie nunca supo. Mi pequeña Ginepsi tuvo una buena cena esa noche.

Después de este incidente, Ginepsi siguió trayendo a la casa más sorpresas. Cada día era algo diferente. Un día fue una muñeca Barbie. Al día siguiente era una alfombrilla que decía ‘Bienvenidos.’ Otro día fue un pastel de Walmart – que nadie tuvo la oportunidad de degustar – todavía en el recipiente plástico. No tengo ni idea cómo ella se robó todas estas cosas y cómo no fue capturada. Tenía buena suerte y patas rápidas.

Mi pequeña Ginepsi falleció hace dos semanas. Vivió catorce años. Ahora, cuando pienso de mi pequeña Ginepsi, recuerdo estos momentos de su vida y me hace sonreír. Mi perrita podía correr como el viento.





Plaza Matriz con payaso (Montevideo, Uruguay)

Brenda Ross
fotografía digital



¿Spanglish, español o engaño?

Diana Gill

Tengo que admitir que una de las cosas a las que más trabajo me costó adaptarme cuando llegué a los Estados Unidos, fue el español que muchos hispanos de estratos populares hablan aquí. Yo, la periodista, la defensora número uno del habla de Cervantes, la espadachín del buen uso de la lengua, fui atacada por una jerga extraña en la que se pagan los biles y las taxas, se pide un raite o se maneja la baika cuando a uno se le daña la troca, o se invita a un amigo al lonche, o si prefiere, a ir de compras a la marqueta.

En un comienzo, con mi espada lingüística en la mano, me dediqué a corregir cuanta palabra oía, hasta que un día una hispana me puso en mi lugar cuando me dijo: “Estoy embarazada.” Yo le respondí: “Se dice estoy apenada.” Ella replicó: “Sí claro, estoy apenada porque con éste ya son cinco niños.” ¡Qué fiasco! Ese día se acabó mi quijotesca defensa del español. Fue entonces cuando por fin entendí lo que siempre escuché, que los idiomas están tan vivos como la gente que los usa y que están destinados a una evolución constante. Si no lo cree, trate de leer el español que se hablaba en la Edad Media, en el Siglo de Oro o sin ir muy lejos, en el Siglo XIX. ¿Qué tal si se anima con un párrafo cualquiera de Don Quijote? ¿Cuántas palabras hay ahí que no conoce? Piense también en las palabras que hace muy pocos años sonaban horrible y que ahora son aceptadas por la mismísima Real Academia de la Lengua Española. Yo misma me llevé una gran sorpresa escribiendo este artículo porque resulta que ya está permitido decir chequear y guachimán. Y si esos señores tan cultos y refinados aceptaron que un guachimán sea el que nos vigile, ¿qué se puede esperar entonces de una simple mortal como yo?

El mismo español es una mezcla de otros idiomas. En muchos siglos de parloteo, el latín traído por los invasores romanos se fusionó con hablas de los habitantes de la Península Ibérica, godos y árabes. Varias lenguas surgieron pero fue el castellano la que se impuso a finales del siglo XV con la unión de los reinos de Castilla y Aragón que extendieron sus dominios sobre la mayor parte de la península. Por eso es que al español también se le conoce como castellano. De hecho, el término español, que es relativamente nuevo, es considerado impreciso por algunos pues en España se hablan varias lenguas. Bueno, para hilar el asunto, los hispanos, quienes hablamos español gracias a la conquista de nuestro continente por parte de los españoles, llegamos a USA para quedarnos, y con nuestra migración trajimos nuestro idioma que hoy se mezcla con el inglés de manera tan divertida para formar éste que algunos llamamos spanglish.

Como parte de mi aceptación de este spanglish, decidí que mañana voy a limpiar mi carpeta con la vaquiunadora, a cortar la yarda que está muy alta y a contratar a un rufero para que arregle el techo. Si me queda tiempo me voy a comprar unas rosas bien lindas en la nursería, y si el dinero me alcanza, también me compraré una fábrica bien sedosa para hacerme unas camisas. A lo que aún si no me animo, por más abierta al cambio que esté, es a mopear el piso, a taipear y luego a printear mi resumé, a fulear el tanque de gasolina de mi carro, a realizar cuánta comida me queda en la despensa, a loquear la puerta, a puchar para que se abra, o a tener un buen tiempo con mis amigos, ese oficio se lo dejo al sol. Y por nada, pero por nada del mundo esperen que los llame para atrás o que ande por ahí deliberando groserías.



¿Cuál es el futuro de este spanglish que se habla en Estados Unidos? ¿Se va a convertir esta jerga en el habla predominante del idioma español? Creo sin duda que el spanglish se fortalecerá en este país. A su diccionario habrá que agregarle muchas palabras más porque al hispano no tan culto, que es la mayoría, le resulta fácil españolizar palabras del idioma predominante que es el inglés, el cual es práctico y usa menos palabras. Lo que si no veo en el futuro es un spanglish extendido por el mundo pues la ubicación geográfica de USA no lo permitirá.

Quiero finalizar con una anécdota que escuché en el programa Habla y Habla de HBO Latino: una mujer puertorriqueña, traductora en las cortes de Estados Unidos, contó que un día le tocó servir de intérprete de un pandillero. El juez preguntó: “Are you a gang member?” Ella tradujo: “¿Eres un pandillero?” El joven, bastante ofendido, contestó: “Yo no soy un pandillero, lo que soy es un ganguero.” La traductora finaliza su historia preguntándose si el español que hablamos en el país del tío Sam no debería llamarse mejor engaño. No sé que nombre tendrá mi idioma por estas tierras a la vuelta de muchos años, si español, spanglish o engaño; lo que sí sé es que voy a seguir engrosando mi nuevo diccionario lo más que pueda, disfrutándolo en cada palabra.

Expresiones usadas en este artículo:

Spanglish	inglés	español
biles	bills	cuentas
taxas	taxes	impuestos
coras	quarters	monedas de \$0.25
raite	to give a ride	llevar a otro en tu carro
baika	bicycle	bicicleta
troca	truck	camión
lonche	lunch	almuerzo
marqueta	market	supermercado
embarazada	embarrassed	avergonzada
carpeta	carpet	alfombra
vaquiunadora	vacuum cleaner	aspiradora
yarda	yard	jardín
rufero	roofer	el que repara el techo
nursería	nursery	vivero
fábrica	fabric	tela, tejido
mopear	to mop	trapear
taipear	to type	escribir a máquina
printear	to print	imprimir
resumé	resume	hoja de vida
fulear	to fill	llenar el tanque de gasolina
realizar	to realize	darse cuenta
loquear	to lock	cerrar con seguro
puchar	to push	empujar
tener un buen tiempo	to have a good time	disfrutar
llamar para atrás	to call back	devolver la llamada
deliberar groserías	to delivery groceries	repartir comestibles
ganguero	gang member	pandillero



Destino

Cynthia Vallejos

Un joven, que está sentado en una cama vieja, abre una caja antigua hecha de madera que ha estado deteniendo con fuerza por la hora pasada. Dentro de la caja hay un revólver que le pertenece a su difunto padre. La pistola es para 6 balas, pero sólo tiene 4 en la cámara. El revólver es chiquito y cabe perfectamente en su mano, pero se siente magníficamente emancipador. Con cada minuto que pasa, la pistola parece más y más incitante. Deteniendo el mango liso hecho de madera en su mano derecha, pone la otra mitad de la pistola en su mano izquierda con suavidad y envuelve sus dedos temblorosos sobre el metal, completamente ocultándolo. Sube su cabeza a tiempo para ver el cuarto hacerse borroso por las lágrimas que han empezado a caer. Cierra sus ojos y respira hondamente mientras siente los ríos de tristeza correr sobre sus cachetes. En sus manos el metal helado se siente tranquilizador. Las suaves rugosidades suben y bajan las puntas de sus dedos cuando pasa su mano sobre el cañón. La parte superior de la pistola es tan negra que casi desaparece debajo de la sombra de su mano. El mango está hecho de madera bien clara. Se siente caliente por la humedad y sudor que está produciendo su mano. Respira despacio y hondamente una última vez antes de subir la pistola a su sien trémulamente. Su corazón empieza a sonar tremendamente, y puede sentir el pulso en su cuello sin tocarlo. Aprieta sus ojos cerrados, y mira las figuras bailando detrás de sus párpados, y trata de encontrar el valor para jalar el gatillo.

Clic.

Era una de las dos cámaras que no traía bala. Recupera la respiración que se le había escapado, mientras el sonido de la cámara vacía suena en sus oídos. Después de abrir sus ojos con prudencia, se enfada y apresuradamente empuja el cañón dentro de su boca, brutalmente. El metal ya no se siente helado, pero templado. No se siente suave ni liso; se siente mal y duro. Las rugosidades le cortan el techo de la boca y puede probar sangre y la sal del sudor que se ha quedado de su mano. Ahora que la pistola está cerca puede oler la pólvora de tiempos pasados, y su sentido de olfato baila con la cosquilla que el polvo le da a su nariz. Cierra sus ojos una vez más y determinadamente jala el gatillo.

Clic.

Otra vez la pistola se burla de su intento de tratar de poner un fin a la tristeza, desesperación y depresión. La pistola está jugando con él. Es seguro que la próxima bala lo va a matar, pero fijándose que Dios no quiere que se muera, o no tiene el coraje para jalar el gatillo una vez más, empieza a llorar sin restricción. Mira al objeto que dos veces le ha salvado la vida. La tira al lado, y la pistola se cal en una mesita ruidosamente.

¡Pang!

La pistola vieja se ha disparado ella sola. El joven se siente terrible; no es el consuelo que había pensado sentir. Mira el círculo sangriento creciendo despacio en el lado derecho de su camisa blanca. La pesadilla que siente también crece, y el cuarto se empieza a ver borroso. Mira el revólver, el objeto que le dio esperanza y muerte en unos minutos, una última vez antes de que la oscuridad envuelva sus ojos.



¿Qué es amor? Charles Bledsoe

¿Es la caída del rocío sobre flor de la mañana?
¿O el aroma de la flor de luna alabastrina?
¿O el intoxicante aroma de lirios asiáticos?

¿Cae la belleza a la tierra con aplauso atronador como en el Niágara?
¿Cae la belleza a la tierra suavemente como una pluma que trae el beso de un ángel?
¿O puede ser encontrada en las cataratas Kaieteur mezclándose en la tierra de muchas aguas?

¿Puede el amor ser encontrado en el Gobi?
¿O en el calor de Alice Springs?
¿O en la aridez del Atacama?

Sí, el amor se puede encontrar en todas partes.
Incluso en el desierto más seco y sombrío.
Porque cuando llueve, hasta el Atacama florece.

El amor es la promesa de nueva vida.



Decisión en el Trifiniu

Diana Rivas

El sol agonizaba majestuoso aquella tarde en el bosque del Trifiniu, lugar donde se unen las fronteras de El Salvador, Guatemala y Honduras.

Una joven con la mirada más fija que en vida haya visto, contemplaba ese impresionante paisaje. Esa puesta de sol parecía un cuadro que algún artista había pintado. Pero la joven no había llegado con ese propósito de apreciar ese cuadro, sino con uno terrible y era el de perderse entre la oscuridad del bosque, quizá el de morir de frío, de tristeza o el ser devorada por algún animal salvaje.

“¿Cuál es su pena?” preguntó un anciano, al verla con los ojos llenos de lágrimas.

Ella respondió, “Sufro por un amor, un amor que sólo me ha traído tristeza y decepción y después de cinco años de convivencia, me ha abandonado con el hijo que llevo en mi vientre.”

El anciano sin más preguntas ni comentarios le dijo, “Mire bien ese hermoso cuadro. Es de verdad, y vea los colores más bellos y resplandecientes que tiene.” Y diciendo esto desapareció.

Ese hermoso paisaje la hizo reflexionar. Y pensó, “Así como hay un atardecer, habrá un amanecer. Y así como en el oscuro bosque hay animales aullando, en la madrugada habrán pajarillos cantando, pájaros que habrán emigrado de alguno de estos tres países. Así que YO emigraré y tendré un nuevo amanecer y una nueva vida.”

Hoy ya no es joven, pero sigue cantando con alegría y feliz al lado del hijo.





Vista de la pirámide (Teotihuacán, México)

Clifford Cope

fotografía digital



Piscando papas en Idaho

(Picking Potatoes in Idaho)

Estela DeLa Fuente

We arrived at the labor camp just outside of Rupert, Idaho, about 5:00 in the afternoon. We were tired and cramped from sitting all bunched up in the 1952 Ford. Amá and Apá sat in the front seat, with my brother Ramiro sandwiched in between them. The seven-year old twins Diana and Connie sat on either side of me on the back seat that was lumpy from the collection of *colchas* and blankets that we brought with us. It was 1962, and I was 17. I was the oldest, older even than Ramiro, but he got to sit in the relative comfort of the front seat because he served as navigator for Apá, reading a raggedy map given out free by a service station.

We had been living in the Rio Grande Valley of Texas but a friend of Apá had come to Texas and asked if we'd like to hire on to pick potatoes in Idaho. All four of us kids had been in school, but when Apá said we were going to Idaho, I knew that this was the end of school for Ramiro and me, although I hoped we would be able to send Diana and Connie to school in Idaho.

We loaded clothes, food, blankets, and dishes into the car and headed north out of Texas, not really knowing how long it would take to get there, or what was waiting for us. But we'd been promised our own house at the labor camp, and guaranteed work, and that was more than we had in Harlingen. As soon as we arrived, Apá left to go find his friend to see when we could start working. The sooner we started picking, the sooner we got a paycheck. I heard Amá whisper to Apá that we had only \$7 to last us the week.

The house we were assigned was a two-room frame shack that was dirty and dilapidated. Without being asked, Ramiro set about building a fire outdoors so we could boil water; he knew from experience that Amá would not sleep in a house that had not been scrubbed from top to bottom with whatever soap or bleach she had on hand. After the fire was going he and I took turns hauling buckets of water from the spigot two houses down. We poured it into a galvanized tub that we set over the fire. Then we all pitched in, sweeping away the cobwebs and dead roaches, carrying out the dead mice and unidentified trash left behind by the prior resident. We mopped and wiped everything down. Only then did we carry in our blankets and pillows, our *colchas*, and pillowcases that held our clothes. At first the hard work felt good because it allowed us to stretch our legs after hours of riding in the car, but now we were all tired and sleepy. The air outside was chilly and getting colder as afternoon turned to evening.

Amá told us that she and Apá would sleep in the kitchen and that Ramiro would take the spot under the window in the front room. She motioned to the opposite wall and told me to make up the bed for my sisters and myself. I begin spreading out the *colchas* on the newly clean floor, putting the oldest and most raggedy on the bottom, and the nicer ones on top. Just as I was about to go outside to wash my face and neck, Apá came home.

“When do we start working, Apá?”

“Tonight!”



“In the dark? *¿Pero cómo?* How can we work in the dark, Quilo?” my mother voiced my exact thoughts.

“Well, that’s how it’s done. They only pick potatoes at night, and the tractors have lights to let us see. We start work at nine and work until six in the morning. Let’s eat before we go.”

Years later I learned that potatoes are picked at night because they turn an unsightly green when exposed to sunlight. The green pigment that forms in sunlight is poisonous and makes the potatoes inedible.

Amá hurried outside to the dying embers of the fire that Ramiro had made. She emptied the remaining water into the bucket so we could use it to wash dishes, then turned the tub upside down over the glowing embers. From the car she retrieved a bundle of cold flour tortillas and laid them out on the tub’s sooty bottom, now hot from the embers below. The tortillas were soon heated although black and gritty. She handed them around, saying she was too tired to eat.

We pulled on extra shirts and pulled on skirts over our pants, not out of modesty but because we needed the extra warmth. By now the temperature was in the low 40’s and dropping fast. I took some of the quilts and wrapped Connie and Diana in them. They protested that they wanted to sleep, but we couldn’t leave them alone. When the truck came by, we all piled in and were taken out to the field. The tractors were out there, ripping up the rows of potato plants, exposing the large Idaho russets that grew underground. The field was dimly lit by the truck headlights. We were each given a large canvas apron that we tied on. Mine was so long that I had to tie it high, just under my arms, so that I didn’t trip on it. The apron had a large pocket on the front, and we learned from the experienced pickers that you put the potatoes in the pocket until it was full, then dragged or carried it to the truck to be weighed. *El jefe* frowned on people who came back with less than a full sack.

Because we were new and inefficient, we made little headway on the rows we started picking. The other pickers were soon far ahead of us, talking, laughing, and tossing potatoes rhythmically into their sacks. In what seemed no time at all, a few men began carrying their full aprons back to be weighed. Ramiro finally hit on a plan. We sent Connie and Diana ahead of us. They were too little to use an apron, but they could still pick the potatoes out of the ground and build up mounds of ten-twelve potatoes and then move on to an unpicked area while we picked behind them. Ramiro and I worked on either side of a row and pooled our potatoes. Amá and Apá did the same thing. When Apá’s sack was half full, we poured our potatoes into his and he too was able to take a full sack to get it weighed.

“It was eighty-seven lbs!” he said, and we all tried to think how much money that might be. We picked until 2 a.m. when the boss called a meal break. We had brought nothing because we had eaten the tortillas we had, and Amá had not had time to make anything else. But even without food the break would be welcome, and we sent Connie and Diana, who still had the energy of seven-year-olds, to save us a place by the big trucks where it was the brightest.



Apá and Amá sat down, resting their backs against the truck tires. The twins were cuddled between them and fell asleep instantly. Ramiro and I were so tired that we lay down on the bare ground, not giving a thought to how hard we had worked to have a clean floor to sleep on then to wind up sleeping on dirt. Next to us sat a family that had come well prepared. They had a one-burner kerosene stove that the mother used to prepare coffee. The aroma was tantalizing, as was the smell of the refried bean tacos that they managed to warm up even while the coffee was percolating. The mother was a large woman who prepared the food, then handed out the tacos to the men. She ate a taco herself. She looked across at us, and I averted my gaze, remembering that it was rude to stare while someone ate. I lay on my back and closed my eyes.

“*Tenga aquí pa’ los niños,*” the large woman said, handing my mother a bundle wrapped in brown paper that had once been a grocery sack.

“*Muchísimas gracias. Que Dios se lo pague,*” Amá told her. “We just got here and I didn’t have time to cook anything. We don’t even have a stove in the house we got from the Americana.”

Amá lost no time in handing us the tacos and soon she and the woman, Florencia, were chatting like old friends. Florencia filled her in on details about the camp--where the bath house was, when the grocery truck and the *panadero* came, and when the *jefe* would take the families into town on Saturday afternoon. Florencia and her husband and grown sons were also from Texas and followed the crops; this was their third year picking potatoes.

The meal break over, we picked for four more hours, then finally heard the truck honk and the *jefe* call us back. We took whatever we had in the aprons to be weighed then returned the aprons back to the *jefe*.

Most of us slept on the truckbed on the way back to the labor camp. Once home, we stumbled into bed, removing only the dustiest outer clothing, too tired to wash. I don’t know when Amá and Apá got up, but I slept until eleven in the morning and could have slept more, but the noise from the kids and dogs and trucks outside our house prevented it. Apá had built a fire outside and Amá fried *papas* and made tortillas and coffee. I walked around the camp and met a couple of girls my age but both were married and one was expecting a baby. She told me that she had been pregnant twice before but lost both babies, so she was going to quit picking to see if she could carry her baby to term.

About 2:00 that afternoon a large truck roared into the camp, horn honking, a large beefy Americano yelling at everyone. Some of the men were climbing onto the truck, but we were puzzled, because we knew it wasn’t time to pick potatoes.

“All hands on deck! Everybody out here that wants to work! We need fire fighters!” The Americano turned to his Mexican-American companion. “Tell them that we’ll pay \$3 an hour, starting from the time they get on the truck until we drop them off. We need only strong healthy men able to fight the wildfires. No women!”



I saw Ramiro and Apá scramble on to the truck along with the others. Before I could say goodbye to them, the truck drove off. I saw Amá make the sign of the cross over the departing truck. Florencia stopped by and said that all the men in her family had gone to fight the fires. She told us that it usually happened at least once during the season, more in dry years. If the wildfires approached the populated areas, all the men in the labor camps were hired to cut fire breaks and clear large areas of undergrowth to keep the fires from spreading. Although the men would not be sent to the heart of the fire, it was still dangerous because a wind change could cause a fire to leap over a firebreak, leaving the men surrounded by fire on all sides, without firefighting equipment or training. We prayed the rosary after our supper, before we went to the field.

We picked potatoes for three nights, not knowing a word about Apá or Ramiro. Florencia sat with us during the meal break. The talk was desultory. A few men had stayed behind, either because they were too old or disabled, but Florencia called them *arrastrados* and *come dioquis* under her breath. Amá explained that a *come dioquis* was someone who “ate for nothing,” which is to say that he did not earn his keep.

I noticed that Florencia didn't bring the kerosene stove, eating her tacos cold, washing them down with coffee that she brought in an old mayonnaise jar. She told us that her mother had told her that eating cold food would give you an ulcer, so she made sure that her sons and her husband always got a hot meal. She patted her large belly and told us that if she got an ulcer, it would be years before it ate through her stomach because she was so fat.

The men returned on the morning of the fourth day. They were soot-blackened, haggard, and red-eyed. Their voices were raspy from the smoke they had inhaled, and many coughed like smokers. Apá and Ramiro walked in, and Amá flung herself at Apá, hugging him so hard that his smoky clothes left a dark imprint on her clean ones. That night we said the rosary together, our spirits buoyed by their safe return. And Apá and Ramiro had earned, between them, a little more than \$400. It sounded like a fortune to us. It would be a long time before we would earn that much *en la papa*.

Saturday morning Amá and I washed all our clothes and hung them out to dry. We took the girls with us to the bathhouse and all of us showered, each waiting by the door for the others to ensure privacy. I luxuriated in the feeling of clean clothes on a clean body. Could it be only a week since I'd lived in Texas, went to high school, and wore clean clothes every day as a matter of course?

The twins were almost beside themselves with excitement at the thought of going to downtown Rupert where Apá had promised us that he'd buy us each a hamburger and a soda. We arrived at the town square of the little town and found it very pretty and clean. There was a gazebo in the center of the square and there were shops and restaurants all around. We walked along the streets, peering into the windows, greeting our new friends from the labor camp. Amá would occasionally nudge me, looking in the direction of someone or something that caught her attention. We giggled at some of the women from the camp who were dressed in what they considered their finest: ruffled pastel dresses in shiny satin or taffeta and high heels, lots of



bright red lipstick, and big earrings. Most of them were accompanied by men wearing tight blue jeans belted with flashy belt buckles, western shirts, and boots. Of course, all the men wore hats, Apá included.

Our experience with eating out was very limited, and we were not sure what to look for in an eating place. Amá said it had to look clean because she didn't want us getting sick.

We saw two that looked too fancy, and we were concerned that we could not afford hamburgers for the six of us. We were about to go into one of the smaller establishments when a man sitting outside on a bench cleared his throat and jerked a thumb at a sign in the window. "That means Mezz-kins," he said, the cigarette in his mouth bobbing as he spoke. The sign said "We respectfully reserve the right to refuse service to anyone." We backed away hurriedly. Connie and Diana started to cry, not understanding why we weren't going in after all. We walked around the square again, not knowing what to do, afraid that all of the restaurants would refuse us service. We peered into some, trying to find brown faces among the patrons but saw none. We were about to go back home when Ramiro spied an almost empty restaurant at the far end of the square. He walked in bravely, then came out immediately, waving us in. "He said it's OK! He serves everyone!"

The owner, a grizzled old man, greeted us warmly, coffee pot in hand. He poured for Amá and Apá, then handed out small menus. He chatted with Amá and Apá, Ramiro acting as translator. Our burgers came, loaded with French fries and onion rings. Amá cut one of the burgers and gave a half each to Connie and Diana. While we ate, other laborers and their families began to drift in, looking tentatively at us and then at the owner before sitting at a table. Before we left the restaurant, it was almost full of diners, most of them Hispanic like us. We didn't go back to Rupert for another month, but when we did we headed immediately for Dewey's Diner, which we called *el Restaurante del Viejito* in our conversations. There were few empty tables this time, but Dewey greeted us warmly and pulled two tables together to give us enough space.

When we finished, and Apá pulled out his wallet, *el Viejito* told Ramiro, "Tell your dad this one is on me. The Saturday you ate here I had decided to shut this place down. I didn't have any customers. But when your people saw you eating here, they started coming, too. Even the Mexicans who live in town come in here to eat now. Thank you, my friends, for bringing me new customers."

I'm almost 60 now, and those days are long behind me. I went back to Rupert about three years ago and found the building where Dewey's Diner had been located. It's now a bakery owned by a Filipino woman who moved there from California. I bought a pastry and a cup of coffee, pulled out that day's Wall Street Journal from my briefcase and laughed out loud over the leading article about the business community's newly-developed awareness of "Hispanic buying power" and the need to cultivate the Hispanic market. I'm sure *el Viejito* was laughing too.





La joven y su iguana (Teotihuacán, México)

Clifford Cope
fotografía digital



Un paseo

Mark Cloninger

Cuando era un niño, tenía una bicicleta muy especial. Esta bicicleta era el color del cielo y tenía llantas plateadas, pero le tenía miedo y nunca había tenido el valor de montarme en ella. Sólo tenía yo cinco años, y más que otra cosa, quería tener valor para montar esa bicicleta. Un día, realicé ese sueño y monté mi bicicleta completamente solo.

El día era de sol, y las aves volaban en el cielo con mucha gracia. Había un de rosas y otras flores en el jardín. Eran las seis de la tarde, y miraba otros niños jugar en la calle. Me acerqué a mi bicicleta como un soldado en una misión, preparado para lo peor, con sólo mi casco y una botella de agua. Claro mi padre estaba detrás de mí, pero necesitaba montar la bicicleta yo solo. Respiraba con mucha intensidad. Conté en silencio, <<Uno...dos...tres...tres y medio...tres y...>>. Finalmente salté sobre mi bicicleta y pedaleé con mucha fuerza...y choqué inmediatamente contra un buzón.

No me caí del impacto, pero tuve aun más miedo a causa del accidente. Me lastimé el brazo y la cabeza en el buzón. Ningún problema. Ahora era el momento que separaría el hombre corazonudo del niño temeroso. Esta vez, pedaleé con mucha más fuerza y esta vez en el medio de la calle. La sensación que sentí me dio un respeto nuevo para todas las bicicletas del mundo. Con el aire soplándome el pelo, todo mi miedo desapareció con cada segundo que pasaba. Me sentí libre.

Ese día, travesé más millas que tengo la habilidad de recordar. Ese día, sentí el aire libre y me sentí como una de las aves que había visto volando en el cielo.



Aquí vivimos

William Carlos Reyes

Aunque vivimos juntos,
Ni siquiera eres mi vecina

Aunque meto los pies
Adentro de los charcos de tu pueblo,
Te cuesta tanto
Respirar el aire fresco del mío.

Aquí vivimos.

Aunque la edad nos separa
y viene encima cada día,
No nos quita la sonrisa
Ni la sed por uno.

En eso viviremos.



Gris

Hyeonggyu Park

El gris es tormenta y nube
El gris es como la música rock
El gris sigue siendo como un reservado ruidoso
Y el gris es como lobo en soledad

El gris es el gusto del frío
Los olores grises tienen gusto de humo y de
rugidos
El gris es el sonido de la música rock
Y del sonido salvaje de la guitarra eléctrica

El gris es como un tornado
El gris es como una tormenta rápida que viene a
excavar su corazón
El gris no es negro y cruel
y el gris no es blanco y pureza
El gris es
especial



Carta de un corazón

Marta Elena Bron

Me siento feliz porque sé que voy a seguir viviendo. Yo pensé que el dolor de mi madre iba a causar mi muerte. Y es que al decir la verdad, le tengo miedo a la muerte. Y aunque mi verdadera dueña ya no pueda sentirme ni yo pueda ayudarla a vivir, es un alivio saber que mi madre está bien informada acerca de la donación de órganos. Gracias a su gran amor a mi, ella me donará a otro niño que me necesita. Y así su hijo también seguirá viviendo en otro cuerpecito, y que feliz vamos a ser las dos familias unidas por el dolor, la esperanza y el amor.

Gracias, mamá, por tener un gran corazón y donarlo, que Dios te bendiga por ese bello gesto.

Un Corazón Feliz

FIRMA



Soy un error de la vida

Marta Elena Bron

Soy un error de la vida, pues nací por obra de Dios. Cuando mi padre supo de mi existencia, él no me quiso y pensó que era mejor que yo no naciera. Pero mi madre no. ¡Dios, mi madre! Ella sí que me defendió, porque aunque no había tortilla ni para remedio, ni nada más que el deseo de vivir y que yo viviera, naciera, mamá se arrodilló y le pidió a Dios: --Dios mío, Tú que todo lo ves, ayúdame que mi hijo nazca.

Pobrecita de mi madre, pues aunque soy un error de la vida, ella no se avergonzó de mí. Por eso, yo le doy gracias a Dios por haberme dado esa mujer por madre. Y que perdone a aquel pobre ser que se dice hombre, hombre por hacer suya a una mujer. Mas él no sabe que tal vez, que tal vez, él también fue un error de la vida.



Asesino de peces

Alex Clement

Vi algo que me dio una emoción de incredulidad, algo tan emocionante que no pude hablar...

Un sueño resplandeciente de cada niñita de ocho años es tener una mascota. Las mascotas que yo quería más eran mis peces divinos. Uno se llamaba Charlie y la otra Daisy. Cada mañana me despertaba y corría a darles de comer. Charlie era un pez de color rojo y negro. Era enorme y siempre parecía como si se estuviera sonriendo. Daisy era mi favorita. Era un amarillo brillante que parecía destellar. Un día me desperté, y fui a la escuela como cualquier otro día. Cuando regresé a la casa después de la escuela fui a la pecera para mirar a mis peces preciosos. En eso, vi algo horrible. Daisy estaba allí con su barriga para arriba y muerta. ¡AY! ¡Qué trauma!

Corrí a Papá, y él la vio y me dijo, –Vaya afuera. Voy a mandar a Daisy a su tumba de agua.

Entonces fui a jugar con mi hermana, todavía triste, pero entendí que la vida de Daisy había llegado a un fin. Pero ¡que chévere que todavía vivía Charlie!

Mi hermana y yo empezamos a jugar con nuestras bicicletas. Después de un rato tenía que entrar a la casa a usar el baño. Y en eso vi la cosa que me dejó sin poder hablar. Charlie estaba dentro del escusado nadando, todavía con su sonrisa. Después de unos momentos de horrorizada incredulidad, empecé a gritar por Papá.

–Papi, Papi, Charlie está dentro del escusado. ¿Por qué? ¡PAPI!

Mi papá se paró enfrente de mí con una mirada de sorpresa y culpabilidad. El sabía que su secreto se le había salido a la luz; había tratado de deshacerse de los dos peces con un solo jalado del escusado. En ese momento él me contestó, –Hija, ¿qué pasó?

Pero yo, aun con mis pocos años, sabía por su mirada la plena verdad: Papá era asesino de peces.



Lista de contribuidores

Elaine M. Bieber vivió en Costa Rica, Bolivia y El Salvador en su niñez. Farmacéutica de profesión, ella pinta en su tiempo libre. Sus pinturas reflejan la riqueza e intensidad de paisajes latinoamericanos. Actualmente, vive en Harrison, Arkansas.

Charles Bledsoe es estudiante en la Universidad de Arkansas – Fort Smith.

Marta Elena Bron tiene 47 años de edad. Dios le regaló cinco hermosos hijos y diez nietos. Todos ellos viven en su país natal Honduras. Marta es una mujer alegre y positiva. Odia el odio. Ama el amor. No le gusta herir ni hacer sentir mal a nadie. Le es fácil pedir perdón y perdonar. Cree en Dios.

Alexandra Arnhart Clement es una estudiante de español en la Universidad de Arkansas - Fort Smith. Ella tiene 22 años y es directora de jóvenes en la Iglesia Metodista en Rogers, AR. Quiere ser profesora de español después de sacar su Maestría en lingüística y literatura Hispana y su Doctorado en Educación. Le encanta cantar y bailar con sus amigos. También le gusta leer y viajar a lugares exóticos.

Mark Cloninger es un estudiante de español en la Universidad de Arkansas - Fort Smith. Tiene 19 años y vive en Fort Smith. Le gusta montar su bicicleta y pescar en el río. Mark quiere ser un profesor de español después de completar su doctorado en lenguas romances.

Clifford Cope, antropólogo y escritor, vive en Fort Smith, Arkansas. Su pasión es la historia de la antigua España, y actualmente está tomando un descanso de sus estudios en la Universidad de Arkansas- Fort Smith para ejercer su vocación de escritor

Estela Salazar DeLa Fuente se jubiló de su práctica de leyes en Texas y ahora vive en Farmington, Arkansas. Ella ha publicado extensivamente en publicaciones profesionales legales, pero ahora explora las posibilidades de expresar su lado creativo. Además, es artesana - una *fiber artist* - y una de sus colchas está en exhibición en el Festival Internacional de Colchas en Houston, Texas.

Edith Gabel es estudiante parcial de español en la Universidad de Arkansas - Fort Smith. Es mexicana y desde muy pequeña vivió en la ciudad de Guadalajara, México, donde hizo la mayoría de sus estudios. Se graduó de la Universidad Autónoma de Guadalajara de la carrera de Asistente Administrativo Bilingüe. Le encanta viajar para visitar a su familia en México y disfruta leer para su niño.

Jaime Garvey es una estudiante en la Universidad de Arkansas – Fort Smith. Su campo de estudio es español. Tiene 32 años. En su tiempo libre ella juega con su perro, Giovanni. Tiene un novio llamado David. Jaime trabaja en una clínica veterinaria porque le encantan los animales.

Diana Gill estudió comunicación social y periodismo en Colombia e hizo su Maestría en



español en la Universidad de Arkansas. En Colombia fue profesora de televisión informativa en la Universidad de Antioquia en Medellín, reportera de un noticiero local de televisión, locutora radial, y escritora de artículos periodísticos en diversas publicaciones especializadas.

Iván Iglesias nació en Colombia y tiene su título en lenguas modernas de la Universidad del Atlántico en Barranquilla, su ciudad natal. Recibió una beca para continuar su educación en la Universidad de Arkansas, y obtuvo su Maestría en Literatura Hispana en el año 2002. Ha publicado varios poemas y recibido varios premios por sus creaciones poéticas. En su poesía, su obsesión con el tiempo y con la muerte está clara.

Hyeonggyu Park es un estudiante de escuela secundaria. Originalmente de Kyeong-ju, Korea, le encanta tocar el bajo, jugar videojuegos y escuchar música rock. Su familia – madre, padre, hermana y hermano – viven en la China. Hyeonggyu está en los E.E.U.U. para estudiar inglés y perfeccionar el idioma. Su meta es conocer a muchos americanos y hacer muchos amigos aquí.

William Carlos Reyes se graduó de la Universidad de Arkansas en Fayetteville. Tiene diplomas de interpretación de guitarra clásica y composición de música. Enseña guitarra clásica para la Universidad de Arkansas en Fort Smith, La Academia de Artes, y la Escuela Suzuki de Música de Arkansas. Actualmente vive en Fayetteville donde disfruta de tocar música con sus dos bandas *Trio de Janeiro* y *Los OneUps*.

Diana Rivas estudió Comunicaciones en El Salvador. Actualmente vive en Elkins, Arkansas. Ha trabajado en Tyson Foods por los últimos 7 años. Está casada y tiene un hijo de 8 años.

Brenda M. Ross es profesora de español en la Universidad de Arkansas - Fort Smith. Su área principal de investigación es el uso de lenguas por inmigrantes mexicanos en el nordeste de los E.E.U.U.

Cynthia Maria Vallejos tiene 19 años y vive en Fort Smith, Arkansas. Su especialización es psicología, con una segunda especialización en español. Tiene una meta de obtener su doctorado y quiere trabajar de psicóloga para niños. Le gusta leer, oír música, y hablar con sus amigos. También le gusta ver películas musicales y chistosas.

Reed Whitson acaba de regresar de un viaje a Guatemala. Durante su visita de un mes, visitó varios pueblitos indígenas en las montañas, una experiencia extraordinaria, donde pudo tomar muchas fotos. Sus fotografías favoritas son de sus amigos indígenas. En Fort Smith, Whitson es bombero, y ha tomado tres clases de español en la Universidad de Arkansas - Fort Smith.





Calle de los Suspiros (Colonia, Uruguay)

Brenda Ross

fotografía digital



Azahares

2010

Call for Submissions

All written submissions must be primarily in Spanish or, if in English, they must thematically reflect Latino culture. Preference will be given to Spanish-language works. All artwork and photography must reflect the culture of the Spanish-speaking world.

Submission Deadline: **Friday, December 4th, 2009.**

General Submission Requirements and Guidelines

- * Each entrant may submit up to three works for publication.
- * Each entrant must also submit a 60-word biography in Spanish, written in the third-person point of view, saved as a Word document.
- * All submissions must be in electronic form, either
 - a) emailed to Azahares Submissions (azahares@uafortsmith.edu) with AZAHARES 2010 as the Subject Line
 - or
 - b) burned on a CD and mailed directly to the address below:
Mary Cantu, *Azahares* Managing Editor
Department of World Languages
Vines Building, Room 218
University of Arkansas – Fort Smith
Fort Smith, AR 72913

All emailed or mailed submission packets must include:

1. completed Submission Form (www.uafortsmith.edu/Languages/Azahares)
2. 60-word biography
3. written or visual submission(s)

Poetry Submission Requirements	Prose Submission Requirements	Artwork/Photography Submission Requirements
Poems must be submitted in the page layout intended for publication. 100-line maximum per poem. Save as a Word document.	This includes essays, short stories, and one-act plays. 3,500-word maximum per work. Save as a Word document.	Color and black-and-white submissions are accepted. Indicate medium used (oils, digital photography, etc.) Save as a high resolution .jpg file (300 - 1200 dpi).

Anticipated publication date for *Azahares* is Spring 2010.





Flora y fauna (Costa Rica)

Elaine M. Bieber
oleo

Azahares

Mary Cantú, Managing Editor
Department of World Languages
azahares@uafortsmith.edu
479 788-7979

Designed by University Marketing & Communications